

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Progreso, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses 9 rs.
Seis id. 16 "
Un año 30 "

PROVINCIAS.

Tres meses 10 rs.
Seis id. 18 "
Un año 34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, 2 duplicado.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses 22 rs.
Seis id. 38 "
Un año 74 "

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.
Se suscribe en la Habana, Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses 98 rs.
Un año 70 "

FILIPINAS.

Seis meses 60 rs.
Un año 110 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, 2 duplicado.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

CUENTO.

Pues señor, para no contar á VV. (tras cosas que son dignas de contarse, pero no se pueden contar, les vamos á contar un cuento.

Con algo hemos de llenar el periódico.

Este era, digo, aquel, un rey muy entendido y echado para adelante, porque era un poco jorobado. Se llamaba Aguz, que quiere decir Pimiento colorado, y reinaba en Gurazate, una comarca del Gran Mogol, en el camino de Tembleque á los baños de Loeches.

Aguz, aunque aun no conocia la religion católica, habia hecho astillas para la chimenea de todos los ídolos que habia en su reino, que eran tantos como políticos en España, por desgracia nuestra.

Era soltero, y la soltería era entonces un mal ejemplo en un país donde se permitia la pluralidad de esposas, costumbre muy bien abolida en gran parte del mundo, porque, si con una mujer está uno siempre en el aire, ¿qué sería con cuatro ó cuatrocientas?

Para no dar qué decir á los políticos, que entonces, como ahora, eran unos habladores, resolvió el hombre casarse, y para que no se picaran cuatro reyes vecinos suyos, que tenían cada uno una hija en estado de merecer, les suplicó que se las enviasen completamente cubiertas, y sin que las viera nadie, ni él tampoco.

Quería elegir una entre las cuatro, y elegirla tapada, para que las otras no se diesen por ofendidas. Y de esta manera la suerte decidiría quien habia de ser la sultana, y las tres que se quedarán solteras no volverían humilladas, ni picadas, ni enfadadas, ni enojadas, ni desengañadas, ni avergonzadas, ni desairadas, ni enrabadas, ni desoladas, ni condenadas.

En efecto, las cuatro niñas se presentaron á Aguz completamente cubiertas, sin que se les pudiera ver ni la punta de una uña ni la de un pelo.

Como no habia en el salon donde se hizo la presentación y la eleccion ó el sorteo, mas que esclavos y eunucos que habian acompañado á las principesas, la favorecida, dócil á la voluntad del que iba á ser su pariente, descubrió el rostro y dejó ver una cabeza de una belleza, que era un pasmo de la naturaleza, con lo que Su Alteza se quedó hecho una pieza.

—¡Gran profeta! exclamó, ¿es una simple mortal la que me das por esposa ó una de las ninfas de tu pais?

—No, señor, respondió modestamente la nueva sultana, soy una mujer como otra cualquiera, hija del rey de Monilijji (cuyo reino, segun los más famosos historiadores, estuvo entre Azuqueca y Jadraque), me llamo Alfombrilla, y siento que la suerte le haya dado á V. por esposa la ménos hermosa de las señoritas que hemos venido á hacer oposicion á la plaza.

—¡Ah señorita! exclamó Aguz, es imposible que haya ninguna más bonita, y crea que desde que he visto á V., estoy sintiendo una cosa... así como si mi corazón fuese un acerico y me estuviesen clavando en él agujas y alfileres, y se me va la cabeza, y se me tambalean las piernas, y me suenan las tripas, y la boca se me hace agua, y la sangre se me ha subido á las zasetillas, todo lo cual me parece que es amor, porque hasta ahora nunca me ha dado tan fuerte.

Apénas el rey acabó este elegante y bellissimo discurso, la sultana se desmayó ó hizo como que se desmayaba, que en este punto no están conformes los historiadores que en largas vigiliass hemos consultado.

Sus tres compañeras se apresuraron á socorrerla, y lo hicieron con tal precipitacion, que dejaron caer los velos que las cubrian, y quedaron descubiertas, como habra supuesto el lector, al saber que se les cayeron los velos encubridores.

Las otras tres eran tambien tres mozas hasta allí,

y al rey le hubiese dado al verlas una pataleta, si no hubiese sido por la etiqueta.

—Caballerito, le dijo la sultana, voy á contarle á V. un secreto, con tal de que no se lo diga V. á nadie. Yo y estas hemos hecho en el camino un juramento, porque ha de saber V. que nos hemos visto, porque no podíamos resistir á la curiosidad que teníamos de conocernos, y tanto simpatizamos, que hemos jurado casarnos las cuatro con V. ó ninguna. Conque lo dicho dicho, y la jaca á la puerta: ó se casa V. con las cuatro, ó se casa V. con otra.

¿Qué habia de hacer el magnánimo rey? Se casó con las cuatro; y ¡cosa sorprendente! en cuanto se casaron las cuatro, empezaron á tener celos y á odiarse cordialmente, y á dar una vida de perros al pobre marido.

Pero cuando el marido pensó que los celos y el odio serian más profundos y se matarian las cuatro mujeres, fué cuando en un mismo dia dieron á luz un hijo cada una.

Ya no iban á ser los celos de cuatro mujeres, sino los celos generosos de cuatro madres.

Y vean VV. lo que inventó el marido cuadrígamo: Mandó á las cuatro nodrizas llevar los cuatro chicos á su cuarto, los puso en cueros vivos, y de acuerdo con un químico, hizo aparecer el pabellon donde estaban los niños rodeado de llamas. Las nodrizas, madres mercenarias, al ver las figuradas llamas, huyeron desoladas, y no volvieron hasta que presumieron pasado el peligro y extinguido el fuego.

—Que cada una tome el niño que ha de criar, dijo el sultan á las nodrizas.

Pero desnudos los niños, los cuatro casi recién nacidos, ninguna de las nodrizas pudo reconocer cuál era el encomendado á su cuidado.

Llevaron los niños á las madres, y tampoco pudo decir ninguna con seguridad cuál de los cuatro era el que habia echado al mundo.

Y las cuatro tuvieron que amar por igual á los cuatro hijos, temiendo cada madre ser precisamente injusta é indiferente con el suyo.

Las madres, gracias á la estratagemá del rey, vivieron siempre unidas, y ya no hubo celos entre ellas, y cada una se consideraba madre de los cuatro hijos, en la duda de cuál sería el suyo.

DANDO UN PASEO.

Pues señor, hoy, que no tengo ninguna ocupacion urgente, voy á dar un paseo por las calles de la coronada villa.

No doy este paseo para hacer tiempo, que el tiempo no se hace así tan fácilmente, sino para matarlo.

Pero tampoco es exacto lo que he dicho.

No seré yo quien mate al tiempo: el tiempo es, por el contrario, el que me está matando á mí hace tiempo.

Daré entonces el paseo para distraerme un rato, para que por mí trascorra el tiempo, y me vaya matando, una vez siquiera, á gusto mio, ya que tantas lo hace á medida de su antojo.

He aquí que traspongo los umbrales de la puerta de mi casa (es decir, la del casero, que si yo tuviera una casa en Madrid, dicho se está que no me entretendría en emborraron cuartillas), y me coloco de patitas en medio de la calle de la Luna, que es donde tienen VV. su habitacion, para lo que gusten mandar, en no siendo pedir dinero ni cosa que lo valga.

Una vez puesto en medio de la calle, que como dije más arriba, es donde tienen VV. su habitacion, esto es, no en medio de la precitada calle, sino en el cuarto tercero de una casa, me dirigí hacia donde soplabá el

viento, puesto que no llevando objeto determinado me era indiferente caminar por uno u otra parte.

La calle de la Luna, como VV. deben saber perfectamente (hablo con los que viven en la córte), no tiene nada de notable mas que la circunstancia de vivir yo en ella.

Dirán VV. tal vez que eso no tiene nada de particular. Pues sí, señor, lo tiene, y mucho.

En primer lugar, ya es una coincidencia un tanto extraña, que siendo yo tan calvo, me haya visto precisado á vivir en la calle de la Luna.

En segundo lugar, tampoco deja de ser raro cómo vivo, toda vez que carezco del con qué.

En tercero, con mi luna y la del nombre de la calle, y lo mal que andan los tiempos, y la escasez de recursos que me aflige, estoy á la luna de Valencia.

Emprendiendo mi paseo, entré en la calle del Desengaño.

En ella no noté cosa alguna que me llamara la atencion.

Algunos carteles en las esquinas anunciando diferentes cosas, todas mezcladas y confundidas y formando los contrastes más extraños y las antitesis más cómicas. Al lado de un cartel que anunciaba la curacion radical de todas las enfermedades de la piel, y casi componiendo parte de su texto,—tal era la forma en que estaba colocado,—otro en que se prometia al público hacer en el acto las esquelas de funeral que se necesitasen. Junto al anuncio de un dentista que extrae las muelas sin dolor, el prospecto de un periódico que se titula *La Farsa*. Debajo de un cartelón en el que con abultados caracteres se leia—*Semblanzas de nuestras notabilidades políticas*,—el programa de una funcion teatral, en la que se anunciaba la representacion de *Los cómicos de la legua*, y así por este estilo otras muchas cosas más.

Desde la calle del Desengaño, y recorriendo un corto tramo de la de Fuencarral, arribé á la *Red de San Luis*, cuya red no ví por parte alguna.

Las únicas redes que pude divisar, fueron las que los comerciantes tenían tendidas á las puertas de sus tiendas, para cazar al público, es decir, el dinero del público con el consabido reclamo de *Especialidad en géneros de la estacion*.—*Liquidacion verdadera con un 99 por 100 de rebaja*.—*El Belén, géneros de balde*, etc., etc.

Tambien ví las redes que á muchos Adanes querian tenderles ciertas Evas por medio de miradas, graciosos movimientos de sus cimbradores talles, y estratégicas y bien combinadas exhibiciones de botitas... que Dios sabe cuándo, cómo y quien las pagará.

Recomiendo á los que sin objeto divaguen por las calles de la córte, que no se dejen aprisionar en estas redes.

Por la calle de la Montera abajo, me dirigí á la Puerta del Sol.

¡Hermoso panorama! Una infinidad de tomadores (de sol, se entiende, no vayan VV. á creer que de otra cosa), lo tomaban.

La Puerta del Sol es el punto más céntrico, más bello y más concurrido de Madrid, como que es donde no se hace cosa maldita.

En él está el ministerio de la Gobernacion, el café de Comercio, el de Correos, el de Levante, el Oriental, el Universal, el Imperial, el de las Columnas, y yo no sé si se me olvida algun otro.

Dos cosas son las que principalmente se toman en Madrid: café y destinos.

La Puerta del Sol tiene las siguientes confluencias, que refiriéndose á una puerta, bien pudiéramos denominar *gateras*, y con mucha más razon cuando *gatos* se les llama á los naturales de la coronada villa.

Calle de Carretas, cuyo nombre debe querer hacer alusion á que por nosotros pasan carros y carretas y ya nada nos hace mella; la de la Montera, que quiere de-

cir que aquí hace fortuna el que se pone el mundo por montera; la de Preciados, alusión perpétua á los políticos que están preciados de sí mismos y no sirven mas que de estorbo; la Carrera de San Gerónimo, que es la que siguen los susodichos políticos; la de Alcalá, llamada en otro tiempo del Duque de la Victoria, y otras.

El único calificativo que no se puede aplicar á la mencionada Puerta, es el calificativo de *sublime*.

En el centro de la Puerta del Sol hay una fuente con unos juegos de aguas preciosísimos; el más gracioso de todos ellos es el que, en soltándolo, convierte á pocos momentos todo aquel vasto recinto en navegable.

Penetré en seguida en la calle del Arenal, ántes estrecha y tortuosa, y en la actualidad recta, espaciosa y despejada.

La única cosa notable que habia en dicha calle, ya no existe.

Era el *Centro industrial y mercantil*.

Que la tierra le sea ligera, tan ligera como ligeros de cascós anduvieron los imponentes de dicha sociedad de crédito al llevar allí sus capitales.

Llegué á la Plazuela de Isabel II. Los recientes vestigios del incendio que amenazó devorar el sacro templo de la armonía, me conmovieron. Felizmente aquel incendio murió ahogado sin conseguir penetrar en el sagrario de las artes, y sin duda para eterna memoria se ha dejado el edificio tal como quedó despues del incendio, como si costara tanto reedificar la parte destruida.

Despues de haber saludado á la estatua de la Comedia, que bien puede ser tambien la de la Política, entré en la calle de la Biblioteca.

En los faroles que la adornan, y en los cuales está escrito el nombre de la calle, á fin de que por la noche puedan leerlo los transeúntes sin necesidad de acudir al azulajo, hebe de notar que uno decia: «Calle de la Biblioteca.»

Perfectamente bien, dije para mis adentros. ¡Biblioteca con V! Y gesto precisamente en la calle donde reside el tesoro de la ilustracion de los tiempos pasados y presentes, donde existe la Biblioteca Nacional! ¡Oh temporas! ¡Oh mal asendereada ortografía! ¡Oh Ayuntamiento constitucional! ¡Oh comision de rótulos y públicos letreros!

Pasé más adelante, y ví que en el otro farol ya estaba puesto el nombre en su debida forma, lo cual no pudo por ménos de recordarme la anécdota que se cuenta de un sugeto que, queriendo pasar por buen hablista, dijo:

—De tres maneras distintas sé yo decir esta palabra: *Percurador, Porcurador y Procurador*.

Llegué á la plazuela de Oriente, sitio predilecto de las niñeras, las nodrizas y los militares, en las apacibles noches de primavera y de verano.

Eran las seis de la tarde, y multitud de párvulos saltaban y triscaban como inocentes corderillos.

En vista del considerable número de nodrizas que por la plazuela discurren con sus mamonés en brazos,

de improviso me ocurrió que la *plazuela de Oriente* pudiera con más propiedad denominarse *Via lactea*.

Esta consideracion me llevó naturalmente á la casa de vacas de la Montaña del Príncipe Pio, en donde pedí un vaso de leche y me senté, dando, al ménos por entónces, la correspondiente tregua á mi paseo. Allí ví una muchacha con su mamá, que estaban tomando leche y bollos. La chica era guapa; la miré, me miró, me sonreí, se sonrió, me llevó la mano al sitio del corazón, ella se tapó la cara con el abanico, levanté los ojos al cielo suspirando, ella se puso colorada, yo me puse verde, se levantaron, me levanté, pagaron, pagué, salieron, salí, y ellas delante y yo detrás fuimos por las Caballerizas, calles de la Bola, de Silva, del Desengaño, de San Marcos, de Peligros, de la Cruz, de la Gorguera, del Gato, y desde allí á la del Toro, y luego á la del Lazo, y por fin á la de la Pasa, de donde no pasé, porque en esta calle está la Vicaría, y aunque la chica me gustaba con buen fin, no con tan bueno como el fin que principia en la Vicaría.

Si les ha parecido á VV. corto mi paseo, otro dia lo podremos emprender con mas detenimiento y recorrer muchas más calles, en donde no nos faltarán por cierto bastantes cosas dignas de tomarse en cuenta.

COSTUMBRES POPULARES.

I.

Iba yo de camino una tarde de verano.

Llegué á un pueblo, cuyo nombre omito, la víspera de su Patrono, santo que yo llamaria como quisiera si él no se llamara ya San Roque, y quise descansar el dia siguiente.

Despues de limpiarme el polvo, refrescarme, comer y fumar, salí como á estudiar la historia monumental de la villa, que villa es ni más ni ménos que la corte, y en pocos minutos pasé y aun repasé todas las hojas de aquel libro de piedra-barro, viniendo á sentarme á la plaza Real.

Desde luego advertí algo de extraordinario en el pueblo, pues andaban los hombres desocupados de este al otro corrillo, las mujeres se sentaban mano sobre mano á la puerta de sus casas en plática con sus vecinas, y los muchachos pululaban corriendo en turbamulta con juegos y gritería de todos los diablos; el júbilo, pues, se reflejaba perfectamente en la sencilla y lavada fisonomía del vecindario, bien que no completo el júbilo, porque el máximun de este afecto, como la ropa limpia, se guarda en los lugares para los dias de precepto.

La iglesia estaba, y estará aun, si no se la han llevado á otra parte, sita en la misma plaza, y pude, por tanto, hacer otras observaciones que confirmaron mi sospecha: quién aprestaba ramas verdes, quién colchas de lana roja, quién bancos de pino negro, quién cua-

y Cristina. Margarita fué á ocupar su sitio anterior, entre dos bulliciosas niñas, cuyos alegres rostros y vistosos trajes contrastaban notablemente con su vestido negro y con su triste, aunque apacible aspecto.

Nadie ignoraba en Madrid que Cristina estuviese prometida á un primo suyo, é inútil es decir que su repentina aparicion dió lugar á infinitos comentarios, y que fué el blanco de todas las miradas, benévolas unas, envidiosas otras.

No dejó de observarlo Leopoldo, y se sintió lisonjeado en su orgullo.

Sin embargo, Cristina parecia distraida, y solo le dirigia la palabra de vez en cuándo sobre cosas indiferentes, sin decirle nada que tuviese relacion con los sentimientos de su alma.

Despues del solemne paso que acababa de dar Leopoldo en su delicadeza, no podia promover ninguna explicacion sobre este asunto; pero si su lengua permanecía muda, hablaban con elocuencia sus miradas; ¡lenguaje vano, que Cristina parecia ya no comprender!

Quando una de estas miradas de fuego se posaban sobre ella, la jóven, como sobrecogida de una secreta repugnancia, procuraba distraerle, hablándole de cualquier frívolo objeto.

Leopoldo sintió en el fondo del alma un amargo desconsuelo, que iba creciendo por instantes, y se puso triste y pensativo.

—¡Héme aquí, se decia á sí mismo, objeto de envidia para todos esos jóvenes, y sin embargo, yo sufro horriblemente!... ¿Por qué sufro? ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que temo? ¿Qué es lo que espero? ¡No lo sé!...

Por fortuna, un jóven mozalvete rogó encarecidamente á Cristina que cantase, y esta, quizás por poner término á aquella embarazosa situacion, accedió con alegría, dirigiéndose al piano.

Leopoldo nunca habia podido admirar su talento, y los primeros ecos del sonoro instrumento acallaron su zozobra y sus recelos.

Los dedos de la jóven recorrían rápidamente las teclas, arrancándolas dulcísimos sonidos que conmovían el alma; pero cuando á aquellos armónicos acordes juntó su voz argentina, que sabia expresar todos los arrebatos de la pasion, cuando olvidando á los que la rodeaban se entregó por completo á un éxtasis divino, Leopoldo se sintió subyugado, dispuesto á caer de rodillas y á adorarla como á un espíritu celeste.

En efecto, Cristina, con su rostro de ángel, con sus ojos bellísimos brotando fuego, se asemejaba á una de esas sirenas encantadoras, que enlazan en sus hilos magnéticos á los incautos pasajeros.

Cantó una tierna balada, más tierna todavía y más y más poética en sus labios, y cuando concluyó, los circunstantes, tan conmovidos, tan subyugados como

ellos de asunto místico, iluminados con almagra. Las señas eran mortales: gran funcion se preparaba.

Pasó algun tiempo, y todas las miradas de los desocupados se fijaron en mi aislada persona, hasta que destacándose del grupo más antiguo, ó anticuado, uno como alcalde, enderezó hácia mí, seguido de otro como alguacil.

Llegaron, pues, los dos á mi retiro, ostentando sendas varas de almendro y jurisdiccion al mismo tiempo, y mientras los del corrillo estrechaban con cierto disimulo la distancia, su merced me disparó á quema ropa el siguiente escopetazo:

—¿Es usted burlon?

—¿Y eso? le contesté, por contestarle algo.

—Lo digo al tauto; porque las burlas son... burlas... y el santo es el santo... y yo soy... el alcalde... y, como dice Bartolo, que sabe muy bien lo que se dice, porque es el sacristan, *santos santas son tratandis*.

—Pero...

—Nada, no hay pero. Aquí no queremos chuscos el dia de nuestro Patrono.

—¡Acabara su merced!

—Pues lo dicho, dicho.

—Descuide su merced, que yo solemnemente prometo no reirme ni siquiera del sacristan.

—Eso es.

—Sé yo tambien, señor alcalde, que *santos santas son tratandis*.

—Entónces... A ver, Paulo... dijo volviéndose al alguacil, dale permiso para que vea los cohetes y demás cosas que hemos de tirar.

El alguacil me autorizó solemnemente, y partió detrás de su merced.

Su merced se restituyó á su grupo, donde, segun pude traducir telegráficamente, dió cuenta de su comision á los comitentes, entre los cuales se distinguia uno como presidente de aquel consejo, hombre desafeitado, amen de feo, y sabihondo como un teólogo, segun alzaba el índice para argüir, diciendo para que yo lo oyera: *Santos santas son tratandis*. Con esto me dió ya su nombre, amen de su oficio, aunque no hubiera sido menester que se mentara para conocerlo, porque en su ropa verdi-parda, sus medias pardi-negras, y sus blanqui-sucias alpargatas, se revelaba indudablemente el sacristan amen.

Ya el crepúsculo se iba condensando en nieblas, y creí conveniente retirarme á mi posada; hácia ella, pues, enderecé mis pasos, con ánimo de acostarme, dejando al sacristan, alcalde y demás funcionarios, aunque tenia permiso para ver todas las cosas que tiraran.

II.

Y me acosté, molido como estaba.

Pero no bien hube medido el lecho, que, dicho sea de paso, no ajustaba muy bien con la medida, me levanté con erupcion cutánea, porque, si bien el lecho era corto, y el cuarto estrecho y el ambiente escaso, las chinches no tenían nada de eso. Reclinéme entre dos

Leopoldo, la contestaron con una salva de frenéticos aplausos.

Leopoldo no pudo aplaudir, embargado por la emocion; pero levantándose, corrió hácia ella, y aunque no acertó á pronunciar ni una sola palabra, bastante demostraron sus miradas los sentimientos que le agitaban.

Cristina le acogió con una amable sonrisa, sonrisa que fué interrumpida por la llegada de un nuevo personaje.

Muy alta debia ser su clase, porque todos se levantaron al verle, y el más profundo silencio reinó instantáneamente en el salon.

Era un hombre como de unos treinta y cinco á cuarenta años, de elevada estatura y noble aspecto. Vestia un uniforme extranjero, y en su pecho brillaban una multitud de cruces y condecoraciones.

Entró con aire desembarazado, devolviendo los saludos que le dirigian á derecha é izquierda, y despues de haber trocado algunas palabras de fórmula con la condesa, se acercó á Cristina, quien se puso sucesivamente pálida y encendida.

Andrés seguia á este alto personaje; pero permaneció en la puerta, sin atreverse á atravesar el brillante círculo que formaban aquellas hermosas damas. Es verdad que en ese círculo figuraba una mujer, que era para él la cabeza de Medusa.

Esta mujer era su esposa.

La condesa propuso entónces que se bailara un wals.

Bien pronto resonaron los acordes del piano, y veinte parejas corrieron á tomar parte en aquel bullicioso placer, tan apetecido por la juventud, y que es el glorioso palenque de la hermosura.

Cristina habia vuelto á ocupar su asiento al lado de Leopoldo, y rechazó con tono desabrido cuantas proposiciones le hicieron para tomar parte en el baile. Sus ojos estaban fijos en el desconocido, que hablaba con una hermosa niña, y su inquietud iba creciendo por instantes.

Andrés, que todo lo observaba, se acercó al extranjero, y le dijo algunas palabras al oido.

Este miró á Cristina, que con febril impaciencia acomodaba y desacomodaba los pliegues de su vestido, se quitaba y se ponía los guantes, destrozaba su ramillete y su abanico, y despues de haberla contemplado algunos instantes, como si se complaciese en su martirio, fué á invitarla.

La imprudente jóven, que jamás sabia disimular sus impresiones, se levantó radiante de júbilo, y aceptó su brazo.

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

de

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO VII.

EL PRIMER DESENGAÑO.

(Continuacion.)

—¡Ab! exclamó la condesa teñiéndole los brazos, no me habia equivocado! Eres el más noble y generoso de los hombres, y dichosa yo, si puedo darte el dulce título de hijo!...

Cristina bajó los ojos, y se puso á arrollar el papel entre sus dedos.

Aunque Leopoldo tomó este movimiento por una pública respuesta, sintió no oír de aquellos labios adorados la confirmacion de su ventura.

Pero Cristina guardó silencio, fijos siempre los ojos en el suelo.

Tambien la condesa experimentó un vago temor con este silencio, y para destruir el mal efecto que pudiese producir, se apresuró á exclamar:

—¡Mira cuán conmovida está Cristina, y mira como llora, Margarita! ¡Es de admiracion por tu noble conducta, no es verdad, querida mia?

—¡Oh, sí! dijo la huérfana con voz trémula, fijando por primera vez en Leopoldo sus ojos resplandecientes de entusiasmo.

—¡Hermana! exclamó éste conmovido.

Y cogió una de sus manos, estrechándola tiernamente entre las suyas.

Esta demostracion pareció disgustar á Cristina, y fuese despecho ó fuese impaciencia, dijo con tono de mal humor:

—¡Olvida V., madre mia, que allí dentro hay gente, y que nosotras somos las amas de la casa!

Leopoldo, sin darse apenas cuenta del por qué, sintió frío en el alma.

—¡La sociedad es tan exigente! se apresuró á decir la condesa, tambien desconcertada.

Se apoyó en el brazo de Leopoldo, y los cuatro regresaron al salon.

La condesa hizo que Leopoldo se sentase entre ella

sillas, que puse en medio del cuarto, luego fui junto á la puerta, despues junto á la ventana... á todas partes llegaban las avanzadas. Tuve, en fin, que desalojar el puesto, y bajar á sentarme en un poyo, que servia tambien de pesebre, en la puerta de la posada.

Notábase cierta ebullicion en la calle, y no era extraño: el alcalde vivia en la inmediata casa, y en vispera del Santo, su mereced era necesario en todos los actos públicos y privados.

Por casualidad, ó por costumbre quizás, estaba sentado tambien á la puerta de su casa en otro sofá como el mio, donde juzgaba tan solemnemente como un oidor en su estrado, y en uno de los que pudiéramos llamar entreactos, trabé conversacion con él, lo cual, dicho sea en honra de su sociabilidad, no me costó mucho trabajo. No hice mas que evocar una reminiscencia religiosa sobre el milagroso patrocinio de San Roque en épocas calamitosas, y esto bastó para que me diera noticia de todo.

Supe el programa de la funcion, que voy á repetir, porque no deja de ser fastuoso, y textualmente, para no quitarle nada de su grato sabor:

«Repique general de la campana y cohetes, á las ánimas de esta noche; idem per idem á las Ave Marías del dia siguiente, misa solene con música del Maestro Lucas, y sermon que pedricará el P. Cura y oficiará Bartolo, con existencia de todo el Ayuntamiento de mi mando; al medio dia una opífera comida de cochifrito y demás ecéteras de vino y aguardiente; á las cuatro precision parroquial con la misma existencia de mi mando y repique; á las seis un paso de comedia en la plaza Real, y en fin últimamente el baile de las devotas del Santo bendito.»

He aquí el programa; á fé que no lo dará más completo ningun aspirante á Presidente de ministros.

—Y ¿quién va á ejecutar el paso? me atreví á preguntarle.

—Pues ¿quién ha de ser? Bartolo, me contestó el alcalde, como extrañando mi ignorancia.

—Y ¿quién es ese caballero?

—No es caballero, es sacristan; pero es sugeto de mucha literatura, como que estudió en sus tiempos ocho años de gramática y uno de teología; él, sin copiar de ningun libro, nos ha compuesto el paso, y corre con la funcion, porque... la verdad, para estas cosas, es pintiparado.

En esto llegó una mujer solicitando, por la intercesion del Santo, la excarcelacion de su marido, el cual, segun entendí yo, que por mi proximidad podia dar fé de las actuaciones del alcalde, como su fiel de fechos, estaba preso por un grave delito. Su merced, ablandado por las súplicas, bien quisiera ponerlo en libertad, mayormente cuando en ocupaciones del programa no habia tenido aun lugar de empapelarlo; pero estaba ir-resoluto, como quien tuviera cerca de sí el fuero de una jurisdiccion privilegiada, muy superior á la suya.

—En fin, dijo como recusándose, yo no puedo hacer nada en eso: lo que diga la señá Josefa.

Y la llamó.

Era la señá Josefa una mujer de esas que pueden alegar cierto derecho para dominar á sus maridos, si los maridos son de los que se llaman bonachones. En el dia no era ni hermosa, ni fea, ni jóven, ni vieja; pero veinte años atrás seria seguramente una gran moza. Diz que el sacristan estudiaba para misa, porque aborrecia á todas las mujeres, pero que abandonó la teología en cuanto vió á la Josefa, quien se casó con el alcalde, solo por razon de *establo*, ó sea de conveniencia.

La señá Josefa oyó dos veces á su marido llamarla, y se hizo la sueca porque la llamara tres. Por fin se dignó acudir, y puesta en autos, dijo al alguacil con cierto imperio:

—Paulo, echa á la calle á Clofas.

Pablo fué á cumplimentar el auto definitivo, y la alcaldesa desapareció otra vez, lanzando un solemne eructo, mientras el alcalde liaba tranquilamente un cigarro, preñado como un ochavo de especias.

(Se continuará.)

Nos asociamos al profundo dolor que ha causado en todos los corazones generosos la triste suerte del emperador de Méjico, Maximiliano, vendido traidoramente, y fusilado por un vencedor vengativo y feroz.

El emperador era digno de mejor suerte, y ha dado pruebas de leal, y valiente, y caballero.

Toda la gloria de esta triste jornada es para el vencido.

Toda la vergüenza, á los ojos del mundo entero, es del vencedor.

CASCABELES.

Acabamos de recibir carta de Paris en la que se nos dice que ha llegado ya el Sultan. Todo París se ha echado á la calle con objeto de ver al Sultan, que no es cosa que se ve todos los dias, y ha sido grande y general la sorpresa, al ver que el Sultan es un hombre como otro cualquiera.

Este desengaño ha enfriado mucho el entusiasmo de los franceses.

Regocijémonos de habernos retirado de la expedicion á Méjico, que dió por resultado el establecimiento del imperio.

De la triste suerte de Maximiliano es responsable Francia.

Por 3,000 onzas de oro ha vendido el coronel mejicano Lopez

misma precipitacion, con el mismo propósito de elegir buen sitio para ver mejor que cuando va á una funcion de toros ó de fuegos artificiales.

El consuelo que tenemos es que esto no sucede solo en España, sucede en todas partes, y acaso en España es donde más fácil seria alejar al público de tan terrible espectáculo, en tanto que no se cumple por todos aquel sublime precepto de nuestro Salvador:

«¡No matarás!»

Este precepto no se dió solo para los criminales, se dió para la humanidad.

Acababa de amanecer, y los hermanos de la Sangre de Cristo, benéfica asociacion, que tiene por objeto consolar y amar á los que la sociedad rechaza, recorrian las calles de Zaragoza tocando la campanilla, y pidiendo al piadoso vecindario una limosna para sufragios por los reos que en aquellos momentos estaban esperando horrorizados la hora tremenda de la expiacion.

Y eso sí, todo el mundo echaba su moneda en el cajon y encomendaba los reos á la Divina Misericordia, y las mujeres curiosas preguntaban á los hermanos postulantes si los reos estaban enteros y contritos, y otros detalles de su estancia en la capilla; los hermanos no les daban muchas noticias, que no era tal su obligacion en aquellas horas; pero ellas, á falta de datos ciertos, los inventaban, y eran de ver en el Coso, Santa Eufracia, y otros sitios principales, los corrillos que habia escuchando los pelos y señales que se daban gratis al ilustrado concurso acerca de la estancia en la capilla de los facinerosos.

—Uno de ellos no se quiere confesar, decia uno.

—¡Toma! ¡pues si ayer fué á entrar un alcalde y le agarró por el pescuezo, salva la parte, y si no se lo quitan de las manos le hace pedazos!

—El sacristan, que era el capitan, está cantando desde ayer coplas á la Virgen del Pilar, y es el que hasta ahora parece más entero.

—Pues dicen que han declarado dónde tienea escondido el dinero que han robado, que pasa de diez millones.

—¡Cál si no les han cogido nada, y no han podido ni siquiera gratificar al escribano.

—El mejor mozo es el sacristan, y dicen que puede que todavia le alcance el perdon, porque hay una marquesa que se enamoró de él un dia que salió á robarla en el camino, y ha ido á pedir el perdon, y si el rey le concede, se casará con él, porque, eso sí, es arrogante figura, y dicen que ha tenido siempre mucho gancho para las mujeres.

—Pues si es casado.

—Te equivocas, hija, que es viudo, y su mujer era una moña, que la sacó él del convento, muy guapa y

á Maximiliano, que habia sido su protector y á quien debia cuanto era.

No le venderán por tanto á él cuando le vendan.

Verdaderamente que me da vergüenza el pensar como está el mundo.

Diez columnas consagra el periódico oficial á publicar las resoluciones definitivas adoptadas por el Ministerio de Ultramar durante el mes de Mayo del corriente año. Hé aquí su resumen:

Doscientos cincuenta y ocho empleados, y acaso más, han cambiado de destino, y quedan cesantes cincuenta y dos. No es necesario decir más.

Solucion del geroglífico del número anterior.

La novela es libro de mero pasatiempo.

Se ha publicado el número octavo de la *Revista de Correos*, que cada vez nos parece más útil é interesante.

Los suscritores de provincias que tengan sellos de los que han de recogerse para sustituirlos con los nuevos, los pueden remitir hasta el 13 de Julio para el pago de suscripcion.

Suplicamos que no se nos remitan sellos de recibos, ni de telegramos, ni de giro, ni de Ultramar, pues no podemos darles aplicacion ninguna.

Los que recibimos son los de medio real, un real y dos reales.

Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia el anuncio que hallarán en su lugar correspondiente, de la obrita titulada *Legislacion vigente acerca de los desahucios*. No hay casero, ni inquilino ó arrendatario, que no tenga necesidad de conocer este importante ramo de nuestro Derecho, para evitarse pleitos, ó cuando ménos, disputas enojosas.

Se ha repartido la décima entrega de la obra titulada *Resumen de Medicina*, que está publicando el doctor Tejada y España.

Circula en Roma una proclama revolucionaria, que dice se acerca el momento de obrar.

Pues señor, mal me huele eso.

—Oiga V., señora María, ¿para qué quitan los dias de fiesta?

—Para que haya más dias de trabajo.

—Toma, pues si todos los dias de trabajo son ahora de fiesta, porque no hay trabajo.

—Entonces será para que haya más dias de trabajos.

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPÍTULO X.

UNA EJECUCION.

Este capítulo sobra verdaderamente, porque no hace falta para el desarrollo de la accion de la novela; pero si en las novelas no hubiese mas que lo que hiciere falta, muchas de las que se publican tendrian que repartirse por entregas de papel blanco, sin cosa alguna de letra, con lo cual se ahorraría mucho dinero el editor, y el suscriptor tendria en cada reparto de entregas algunos pliegos de papel que de algo le podrian servir, lo que no aseguraré yo que le suceda con las páginas impresas de ciertas novelas, más malas las unas que las otras.

Pero me parece que en esta novela que escribo no estará demás este cuadro de costumbres; y si á VV. les parece lo contrario, con no leerlo quedan VV. satisfechos, y yo, sin perjuicio de nadie, he logrado el gusto de escribirlo, aprovechando la ocasion que me presenta el triste fin del sacristan bandolero y consortes, sentenciados á sufrir la pena de muerte en horca, siendo llevados al lugar del suplicio en caballerías ó carros, etc., etc.

¿En qué consistirá que en todas partes la ejecucion de un reo de muerte es espectáculo que atrae grandísima concurrencia de gentes de todas las clases de la sociedad?

¿Es que la humanidad halla placer en ver el daño del prójimo?

Triste seria contestar afirmativamente á esta pregunta, y preferible es creer que esos horribles espectáculos atraen á las gentes por un fenómeno inexplicable, que no es ni la complacencia en el mal ajeno, ni la simple curiosidad, sino una atraccion misteriosa, á la que no sé qué nombre dar.

Es el caso, que en anunciándose la ejecucion de un reo, lénase el campo de gente honrada, que va á no perder ni un solo movimiento, ni una sola palabra, ni un solo gesto del que, contra su voluntad, representa el principal papel en tan tremenda funcion, y digo funcion, porque el público va con el mismo afan, con la

muy rica, sobrina por parte de madre de un virey de Indias.

—¿Y á qué hora los sacan?...

—A las once.

—Se va á despoblar Zaragoza.

—¡Toma! desde anoche creo que hay gente á tomar sitio, y de los pueblos, ¿quién sabe la que viene?...

—Como que no se ha visto aquí nunca hasta ahora ahorcar á siete de una vez.

—¿Cuál será el primero?

—No sé, el último será el sacristan, porque lo ha pedido él, y porque como se está aguardando que venga el perdon....

—Pues mira, que si nos damos un planton de dos horas, y luego viene el perdon.... se atrevió á decir impía y bárbaramente un grandísimo animal, para quien por lo visto la muerte de un hombre era tan indiferente como la de un mosquito.

Y en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa, y se contaban las horas que faltaban para la ejecucion, y los sitios por donde habian de pasar los reos se llenaban de gente de todas clases y condiciones, deseosa de ver y conocer á los criminales, y con propósito de escoltarlos luego hasta el lugar del suplicio.

Era un dia de fiesta, no fiesta de precepto, sino fiesta popular, fiesta dispuesta por gran parte del pueblo, que aquel dia no tenia tiempo de trabajar; y aun hay quien asegura que hasta no hubo clase en las escuelas aquel dia, no sé si porque los maestros lo dispusieron así, ó porque no se presentó ningun discípulo.

A las diez de la mañana ya se vió un bizarro escuadrón que se dirigia á la cárcel, con objeto de servir de escolta al funebre cortejo, y el público, más numeroso cada vez, supuso que pronto iba á comenzar el espectáculo.

Aquellas horas que tan lentas pasaban para los indiferentes, volaban para los reos.

A las diez y media hubo gran movimiento en el público, y se oyeron murmullos, y no faltó gente que corriera, asegurando que se habia escapado alguna de las víctimas.

La causa de aquel movimiento y de aquellos murmullos, era la siguiente:

Un hombre pasaba con siete jumentos en pelo, y el público supuso que eran las siete cabalgaduras de los reos, y en este concepto excitaron grandemente su atencion. Por supuesto que no era así, y aquellos eran unos jumentos muy honrados y decentes, que nada tenían que ver con la justicia, y que no habian merecido ser empleados en tan triste oficio como es el de llevar un hombre á la muerte.

(Se continuará.)

La Lealtad publica un artículo, titulado ¡A Roma! ¡A Roma!
Se le ha olvidado añadir por todo.

El Español no es ya tan enemigo de los cupones como lo era en tiempo de la union liberal.

No hay que extrañarlo, señores: hoy los políticos son como es el camaleón en lo de mudar colores.

Ya sabrán VV. que ha habido otra modificación ministerial. Es la segunda.

CHARADITA.

Porque inadvertidamente á mi novia Encarnacion llame primera con cuarta, calabacines me dió rellenos, más tan amargos, que tuve una indigestion; y mi tercia con primera que cifraba en este amor, al ver la imprudencia mia por siempre me abandonó; para colmo de desdichas... segunda y cuarta ¡qué horror! en mis inocentes libros tanto y tanto se cebó, que hizo pedazos á Ercilla, Espronceda y Calderon, Flores, Rioja, Cervantes, y Zorrilla y Campoamor, y otros muchos, con los cuales se dió tan grande atracon, que al comer los de Soulié creo que al fin reventó; presente tienes mi todo, y si fijas la atencion, le verás tan fácilmente como le estoy viendo yo.

Al día siguiente de ser nombrados los dos nuevos ministros, decía La España:

•Como habíamos anunciado, el misterio se completó ayer, etc La errata parece maliciosa.

Dice un periódico, que el Ayuntamiento de Paris va á dar un banquete de cien cubiertos al virey de Egipto.

Hombre, por más virey y más egipcio que sea el señor don Is-

mail, me parece que ya puede quedar satisfecho con cien cubiertos de una vez.

Un suscriptor del extranjero nos pide noticias de la obra que se anunció, titulada Los Ministros del actual reinado.

Aun no se ha publicado esta obra, y no sabemos quiénes sean ni su autor ni su editor.

Los suscritores nuevos á EL CASCABEL, recibirán, en el acto de suscribirse, todo lo publicado de la Gatomaquia, remitiéndoseles el resto oportunamente.

El domingo fueron muy aplaudidos en el teatro de Novedades, en la preciosa comedia Lo positivo, Teodora Lamadrid y Victorino Tamayo.

El señor Salas mereció también unánime aplauso en la interpretación de En las astas del toro!

Charadita del número anterior.

Lo que más me desazona y me da más desconsuelo, es que cuando pierda el pelo me voy á quedar pelona.

(Esto lo dijo la mujer de Putifar, en el discurso que pronunció al entrar en la galera.)

La empresa del ferro-carril del Norte, se porta. Dispone un tren á París de ida y vuelta por 380 rs., con asientos de segunda clase únicamente, y que regresa á los doce días de la salida.

Para eso más valia que no hubiese dispuesto tren alguno.

¿Por qué han de ser doce días y no treinta? ¿Por qué no ha de haber coches de todas clases? ¿Por qué se ha de exigir que el viajero firme el billete, y luego en el camino firme siempre que lo exija un empleado de la empresa?

Eso no es hacer favor al público, ni querer que el público vaya á París.

Verdaderamente, que sirviendo como sirven al público, no sé cómo se atreven á pedir proteccion las empresas de ferro-carriles.

¡Vaya un viaje que proponen!

Para ese viaje no se necesitan alforjas.

(REMITIDO.)

Nada de cuanto existe me maravilla, tanto como tus gracias, preciosa niña. No solo amor expresa tu faz divina, sino que se lo imprime al que la mira.

Todo en ti lo reunes, y no me admira, que gracias á virtudes van siempre unidas. Si no pudiera amarte me moriría, porque tu amor tan solo me da la vida. Adios, tesoro, ángel, paloma mia, tu apasionado amante jamás te olvida.

RAMON GARCÍA.

GROGOLÍFICO.



El libro Viaje cómico á la Exposicion de Paris, tiene asegurada una circulacion extraordinaria, y no serán menos de 10,000 los ejemplares que de él se repartan en Madrid y provincias. A imitacion de lo que hemos visto en muchos libros ingleses, y alemanes, y franceses, entre ellos el Catálogo oficial de la Exposicion, vamos á poner en este libro algunas planas de anuncios. Estos anuncios pueden dar á los anunciantes mayor resultado que los de los periódicos, puesto que un libro se guarda siempre, y un periódico casi nunca, á no ser puramente literario ó de la índole especial del negocio.

Así, pues, ofrecemos á los anunciantes algunas, pocas páginas del Viaje cómico, para que inserten en ellas anuncios, bajo estas bases:

- Por poner el nombre, la profesion y las señas de la casa del anunciante. 16 rs.
- Por ocupar una cuarta parte de una página. 60 »
- Por la mitad de la página. 100 »
- Por toda una página. 160 »
- Por una hoja, ó dos páginas. 260 »

Los anuncios se reciben en la Administracion del periódico, Hileras, 4.

ANUNCIOS.

De feota salud á todos.—La Revalenta Arabiga du Barry de Londres, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiracion, de los riñones, de los intestinos, de los nervios del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curacion del Santo Padre Pio IX, la de la marquesa de Bréhan; del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos.—Señor don José García.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Olzurrum.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escobar.—R. Cayas, Barcelona, calle Llauder.—Ramon Piñal, Cádiz.—José Maria de Somonte, Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 79

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS, con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público un establecimiento, calle del Arenal, números 19, 21 y 23, donde hallará gran surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duracion, aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, preciosos en las camas fabricados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase. 27

Almacén de tabacos habanos al por mayor, de las mejores vegas de Vuelta Abajo, garantida su legitimidad. Arenal, 11, principal derecha.

Cajas de cien cigarros, desde 80 rs. en adelante, con descuento del 6 por 100 al que tome un millar de tabacos. P

Prodigios. El específico oleoso confeccionado por el doctor químico alemán Goldman, en union del excelente botánico árabe Calid-Haver, de que ya tiene noticia este respetable público, es digno de todo elogio por los buenos resultados que viene dando desde que se estableció, cuya propiedad es la de dar vida á la raíz capilar, y hacer, por consiguiente, nacer el cabello aun á las personas de avanzada edad.

Además del depósito de D. José Villarroel, Puerta del Sol, número 6, se abre una sucursal en el mismo edificio, Peluquería de D. José Carraller. 3

IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 140 duros. 12

LAS RIQUEZAS DEL ALMA.

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA ÁNGELA GRASSI,

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Esta preciosa novela, que consta de dos tomos en 8.º, elegantemente impresos, se halla de venta en Madrid en la Administracion de EL CASCABEL, calle de las Hileras, núm. 4, al precio de 18 rs. encuadrada á la rústica y 22 á la holandesa.

En provincias 20 y 24 rs. respectivamente. En dicha Administracion se servirán los pedidos de provincias siempre que vergan acompañados de su importe en sellos de Correos, libranzas de Giro Mútuo ó letras de fácil cobro.

LECHE PURA DE CABRAS.

El dueño del nuevo despacho de leche de la calle de la Victoria, núm. 3, en vista del mucho despacho que tiene, acaba de traer 500 cabezas para unir las á las que tenía, y poder dar á sus muchos consumidores toda la que necesiten, pues estos días no ha habido bastante para todos; y también les advierte que desde el 3 del corriente, a pone á 10 cuartos cuartillo, habiéndose dispuesto á hacer esta y cuantas economías estén á su alcance.

AVISO Á LAS EMPRESAS TEATRALES.

Se vende un magnífico vestuario para ópera verso y zarzuela, capaz para catorce coristas. Dicho vestuario solo ha servido dos meses el año anterior en el teatro de Calderon de la Barca (Valadolid).

También se venden las músicas de todas las zarzuelas antiguas y modernas.

Una guardarropa baja con todos los objetos. Las personas que quieren hacerse con todo, bajo un precio módico, pueden dirigirse, bajo el nombre de José Grau, Sierpes, núm. 88, establecimiento de modas de Paris, titulado la Aurora.—Sevilla. 7

Nueva Tarifa de Correos, publicada en Real decreto de 15 de Mayo de 1867.

Adicionada con tablas para facilitar el franqueo de las cartas, periódicos, impresos y libros, por la Revista de Correos.

Se hallará de venta en Madrid al precio de 2 rs., en la librería de Salvador Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm. 31, y en la Administracion de EL CASCABEL, Hileras, 4, donde se servirán los pedidos de provincias mediante cinco sellos de cuatro cuartos.

ALMACEN DE TABACOS HABANOS, PICADURA Y CAJETILLAS.

F. DE IBARRA Y MORALES, CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.

Cajetillas (marca especial), 18 rs. docena. Picadura id. id., 30 rs. libra. Idem en hebra para pipa, 30 rs. libra. Galanes á 75 rs. cajete 100 cigarros. Londres á 80, 90, 100, 120, 130 y 140 rs. Operas á 84, 90 y 100 rs. Conchas á 100, 120 y 160 rs.

Traucos á 100, 115 y 130 rs. Medias regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Cazadores á 130, 150, 180, 190 y 240 rs. Brevas á 140, 150, 160, 170 y 190 rs. Imperiales á 300, 350, 400, 800 y 1000 rs.

NOTA. De todas las expresadas clases, existen cajas abiertas para expender por menor. 14



Union de los fabricantes de tinta.—Calle del Calvario, 18, Madrid. Esta empresa avisa á todos los que venden tinta para escribir, ó la compran por mayor, que han hecho un adelanto muy grande en este ramo, y fabrican tinta de las mejores condiciones, al precio de un real cuartillo, con 15 por 100 de descuento.

Es mejor que la reina de las tintas. Se vende en polvo y en líquido, de copiar, de oficinas y de escuelas, y se manda gratis una cantidad suficiente para muestra, ó un prospecto á quien lo pida, por el correo, incluyendo un sello de cuatro cuartos. 1

GRAN OCASION.

Completo surtido de elegantes chaconadas, listas á la emperatriz, colores peruanos, al ínfimo precio de 2 reales y medio vara. Calle de Bordadores, 9, tienda, frente á la Iglesia de San Ginés. 1

La antigua y acreditada academia caligráfica y mercantil, que por espacio de muchos años se hallaba establecida en la plaza Mayor, número 28, se ha trasladado por mejoría de local, á la calle del Carmen, número 10, cuarto 2.º de la izquierda. 3

IMPORTANTE.

Los señores cesantes, jubilados y pensionistas de la Habana, residentes en España, que quieran enterarse de un asunto que puede convenirles, se pasarán de 10 á 12 de la mañana, los días no festivos, por el Arco de Santa María, número 25, cuarto 3.º derecha. 2

Legislacion vigente acerca de los desahucios.—Contiene las disposiciones de la Ley de enjuiciamiento civil referentes á esta clase de juicios, anotadas con vista de las resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia, y adicionadas al pie de cada artículo con las variaciones introducidas en ellos, por la Ley de 25 de Junio del corriente año y el Real Decreto de la misma fecha para su ejecucion, por un abogado del colegio.

Esta obra, utilísima á toda clase de personas, como su mismo título indica, se halla de venta en la Administracion de este periódico, calle de las Hileras, número 4, único punto de venta, al precio de DOS REALES ejemplar. Se remitirá á provincias á todo el que envíe cinco sellos de medio real.

MADRID: 1867.—Imprenta de EL CASCABEL,

Á CARGO DE RAMON BERNARDINO, calle de las Hileras, número 4, bajo.